



# LOS *Jesuitas*

HÉCTOR N. GRANDINETTI

Los jesuitas —digámoslo francamente— siempre han dado qué hacer, qué hablar y qué pensar. Desde que surgieron a la vida, allá en la Roma de 1540, casi siempre han sido, como “su divino Rey y Capitán Jesús”, un signo de contradicción. Ante ellos se toma partido —y de ordinario con pasión, con vehemencia—, se es filojesuíta o anti-jesuíta, pero rara vez se es indiferente.

Apenas nacida la “mínima Compañía de Jesús”, como gustaba llamarla su Fundador, aquel hidalgo vasco Ignacio de Loyola, de quien se decía haber sido antes militar, ya sus miembros están en todas partes y no alcanzan a satisfacer a todos los países y ciudades que los solicitan, a todos los obispos y

príncipes que reclaman su auxilio. Jesuitas son los doctores que el Papa envía como teólogos suyos en 1545 al Concilio de Trento; jesuitas los que van abriendo Colegios y aun Universidades en diversas ciudades de España, Italia y Portugal; jesuitas los predicadores que a lo largo y a lo ancho de Europa traban lucha con la herejía creciente, al par que emprenden una positiva reforma de la Iglesia desde dentro, convirtiendo y reformando las almas en las cortes, en los monasterios cuya disciplina se había relajado, en las misiones populares, en la labor oscura e incansable del confesonario. Y no para ahí, ni se limita a toda Europa, la actividad de estos recién llegados a la viña del Señor: ya desde 1542 otro



jesuíta —y de los grandes—, San Francisco Javier, comenzaba el apostolado misional de la Compañía en Goa, en la India portuguesa, y pronto lo extendería a otras regiones del Lejano Oriente; y cuando en 1555 el Sumo Pontífice y el rey de Portugal Juan III deciden enviar un patriarca con otros sacerdotes a Etiopía, al fabuloso reino del Preste Juan en el corazón del África, también son jesuitas los elegidos para tal empresa.

Y así podría seguirse interminable la enumeración: desde las legaciones papales en las misiones diplomáticas más espinosas, hasta las avanzadas misioneras en tierras de infieles; desde las misiones populares con nuevos métodos, y las obras sociales como aquella casa para arrepentidas que fundó el mismo San Ignacio en Roma, hasta los nuevos sistemas pedagógicos iniciados con el Colegio de Gandía, la Universidad de Messina, el célebre Colegio Romano convertido hoy en la Pontificia Universidad Gregoriana; desde los catecismos para niños y rudos y el servicio de los enfermos en los hospitales, hasta las arduas disputas teológicas con los doctores protestantes y los primeros libros de controversia y de teología positiva de un San Pedro Canisio y un San Roberto Belarmino; desde las exploraciones geográficas como la del Hermano Bento de Goes —verdadera novela de aventuras en el *techo del mundo*, el Tibet de los Lamas, buscando en un viaje de más de dos años la ruta terrestre hacia la China—, hasta aquella gigantesca realización de organización social cristiana que fueron las misiones jesuíticas del Paraguay, el

Las largas avenidas brindan su marco amable al recreo de los estudiantes jesuitas.



fabuloso *imperio jesuíta* sobre el cual han corrido tantas patrañas y leyendas. Todo eso, y mucho más, han hecho los jesuitas. En los aspectos más diversos de la actividad humana, en las grandes capitales europeas y en las regiones más remotas, en las *élites* más cerradas o entre los seres más desposeídos... siempre suele haber un jesuíta. Y si no lo hay... la imaginación de las gentes se encarga de ponerlo, así se trate de la gestación de una revolución, o de la construcción de una línea de ferrocarriles, o de un *crash* financiero en Wall Street. Ya lo decía con su gracejo español el autor de *Pequeñeces*, refiriéndose al pecado original: Adán comió del fruto prohibido persuadido por Eva, que a su vez fué persuadida

por el diablo... que a su vez había sido persuadido por los jesuitas.

Es que, si bien se mira, esa maravillosa *vitalidad* de la Compañía de Jesús, esa *universalidad* de su apostolado, que lo abarca todo y en todas partes, esa *plasticidad* suma, diríamos, con que puede adaptarse a todos los ambientes, regiones, épocas y circunstancias, tienen forzosamente que sorprender y que azuzar la fantasía en busca del *misterio* de los jesuitas, de ese *secreto* en que radicaría la *omnipotencia*, la *omnisciencia*, la *omnipresencia* que muchos —con mejor o peor intención— les atribuyen.

¿Qué gentes son estos famosos jesuitas? ¿Qué fin se proponen? ¿De qué medios se valen para lograrlo?

Uno de los patios interiores del Colegio Máximo.





Una conversación interesante —quizá discusión filosófica o teológica— mantiene suspensos a los oyentes.

El asunto no está claro. Pues otras Ordenes y Congregaciones religiosas tienen señalada una determinada misión específica: Santo Domingo fundó su Orden de Predicadores para oponerse a la herejía cátara que assolaba el mediodía de Francia, y por ello señaló como principal medio de apostolado el estudio profundo de la teología, en orden principalmente a la predicación; San Raimundo de Peñafort fundó la Orden de la Merced para la redención de los cristianos cautivos de los musulmanes; hay numerosas familias religiosas dedicadas exclusivamente a la enseñanza, o a las misiones, o a las obras de misericordia corporal con los pobres o los enfermos.

La Compañía de Jesús, en cambio, no está constreñida a un determinado

tipo de apostolado. Su fin lo define el mismo Fundador diciendo que es "no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos". Nada más... y nada menos. Y añade que para lograr este fin debe estar el jesuita dispuesto a marchar a vivir "en cualquiera parte del mundo, donde se espera más servicio de Dios y ayuda de las ánimas". "Un cœur large comme le monde, voilà le jésuite", escribía en plena guerra europea un jesuita francés de nuestros días, el P. Albert Valensin.

Esta *alergia del límite*, esta resistencia a renunciar a alguna obra posible para gloria de Dios, le viene a la Com-



pañía de Jesús desde sus más remotos orígenes: desde aquellas meditaciones de Ignacio en el castillo familiar de Loyola, convaleciente de la bala que le derribara en Pamplona, cuando "agitado todavía por diversos espíritus" y soñando a ratos grandes hazañas mundanas que le hicieran famoso, se entusiasmaba en otros leyendo las hazañas de los santos, lo que otros antes que él habían hecho por Cristo, y se preguntaba: "¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco y esto que hizo Santo Domingo?" "... Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer"; y renunciando a imitar más un aspecto que otro de Cristo, quiere hacer él solo lo que hicieron todos aquellos santos juntos, quiere "llegar a ser —como dice Pemán en *El divino impaciente*— más santo que fueron juntos todos los santos de ayer". Sólo la imitación *integral* de Cristo en todos sus aspectos satisfará a Ignacio de Loyola.

Y así, cuando años más tarde ese mismo ideal que anima a Ignacio lo haya éste encendido, mediante los *Ejercicios*, en otros compañeros, y nazca la Compañía de Jesús, su ideal y su fin no serán menos amplios que el de su Fundador: contribuir a establecer el reinado de Cristo en todos los campos, en todas las regiones de la tierra, por todos los medios posibles. Y de un modo especial allí donde la lucha sea más urgente, o más difícil, o haya menos apóstoles, o sea, en suma, de *mayor* servicio divino, de *mayor* gloria de Dios.

Pero esta pretensión de abarcar así

todos los campos, ¿no quita eficacia a la Compañía?, ¿no diluye o dispersa su acción?, ¿no resiente su unidad íntima? Permítasenos decir, con admiración filial, que la concepción genial de Ignacio de Loyola parece haber resuelto, para su Compañía, el problema de la *coincidentia oppositorum*: la diversidad en la unidad, la máxima variedad de los tipos de apostolado unida a la máxima especialización, la máxima iniciativa y autonomía en las obras, con la obediencia también máxima. Realmente que hay motivo para hablar del *misterio* jesuita, pues cuando se considera todo esto el jesuita resulta, para muchos, un ser enigmático y paradójal.



Uno de los corredores interiores, entre las habitaciones de los filósofos.

Un jesuita puede ser todo: profesor en una escuela de aviación, arqueólogo en los desiertos de Arabia, misionero en Alaska o el Congo, explorador de cavernas geológicas o de profundidades submarinas, investigador de los secretos del átomo o de las manchas solares (como nuestro P. Arriaga en el Observatorio de Física Cósmica de San Miguel), arquitecto (como los HH. Prémoli, Bassanelli y demás que levantaron la iglesia de San Ignacio en Buenos Aires, la iglesia de la Compañía en Córdoba, las construcciones misioneras en plena selva paraguaya), compositor de música (como el catalán P. Massana, fallecido hace poco, autor de óperas y sinfonías), capellán de gitanos (como lo es hoy un jesuita francés). La enumeración de lo que puede ser o hacer un jesuita es prácticamente inacabable. Biólogos como el P. Jaime Pujiula; químicos como el P. Vitoria;

Entre clase y clase, los teólogos discuten.



astrónomos y matemáticos como los PP. Secchi, Schall, Verbiest; exquisitos poetas como el inglés Gerard Manley Hopkins; novelistas populares como el P. Coloma o Pierre Lhande... de todo hay en la Compañía de Jesús. Y nada digamos de filósofos y teólogos, comenzando la lista con tres Doctores de la Iglesia: San Pedro Canisio, San Roberto Belarmino y el Doctor Eximio Francisco Suárez. Desde los tiempos de Ignacio hasta hoy, la Compañía ha dado mucho qué hacer a las prensas: 18.000 jesuitas escritores registraba a comienzos de nuestro siglo la bibliografía de Sommervogel, y hoy son indudablemente algunos millares más. ¿Cuántos millones de ejemplares supone esto? ¿Cuántas revistas dirigen hoy los jesuitas? Unas 1.320, nos dicen, en cincuenta lenguas, con un tiraje anual de 144 millones de ejemplares. Y hay 5.600 jesuitas sólo en las misiones. Y dirige la Compañía 59 Universidades para estudiantes seglares, con 136.000 alumnos; 181 Colegios secundarios, con 163.000. Y han dado los jesuitas en un año 20.140 tandas de Ejercicios a 956.000 ejercitantes.

Realmente estamos ante una actividad asombrosamente múltiple y variada y que —dicho sea de paso, y ahí va otra paradoja— no supone precisamente el famoso *molde* rígido triturador de personalidades que se suele atribuir a los jesuitas, sino todo lo contrario: un gran respeto al instrumento humano que desarrolla esa actividad, a los talentos que Dios ha puesto en él. Pues vemos que en la Compañía pueden crecer y desarrollarse hasta su plenitud las más diversas aptitudes, talentos e inclinaciones personales que, rectamente ordenados, serán cultivados y aprovechados hasta su máximo rendimiento.





Con sus libros y cartapacios, los teólogos se dirigen al auditorium.

Y sin embargo es también cierto que a todos esos jesuitas, desde el entomólogo y el especialista en lenguas orientales hasta el misionero, el maestro de primeras letras o el sacerdote-obrero, los anima *un mismo espíritu* que los hace a todos muy semejantes: al yanqui semejante al español, al jesuita del siglo xx semejante a aquellos primeros compañeros de Ignacio. Y *un mismo ideal* da unidad a todas esas actividades aparentemente tan distintas, pero que en el fondo están concurriendo absolutamente todas a *un mismo fin*.

*Un mismo fin* . . . Tal vez por aquí pesquemos el hilo del misterio, la clave de estos incomprensibles jesuitas. A más de uno se le ha ocurrido preguntarse: ¿para qué hacen los jesuitas tantas cosas?, ¿para qué están continuamente emprendiendo nuevas obras o abriendo nuevas casas?, ¿para qué tanto tiempo,

gastos, viajes, para formar a sus miembros, y muchas veces para especializarlos en estudios tan raros y difíciles? ¿Es que harán todo esto para lucirse, para brillar, para adquirir fama y gloria? ¿O lo harán quizá para acrecentar cada vez más el poder de su Orden, su influencia en todos los campos, y así dominarlo todo . . . dentro y fuera de la Iglesia? Ambición de riquezas, de honores, de dominio . . . de todo esto se ha acusado a los jesuitas a lo largo de sus cuatro siglos de historia. Trate-mos, pues, de descubrir ese misterioso *para qué*, que al revelarnos el fin que persiguen nos dará la clave de sus acciones.

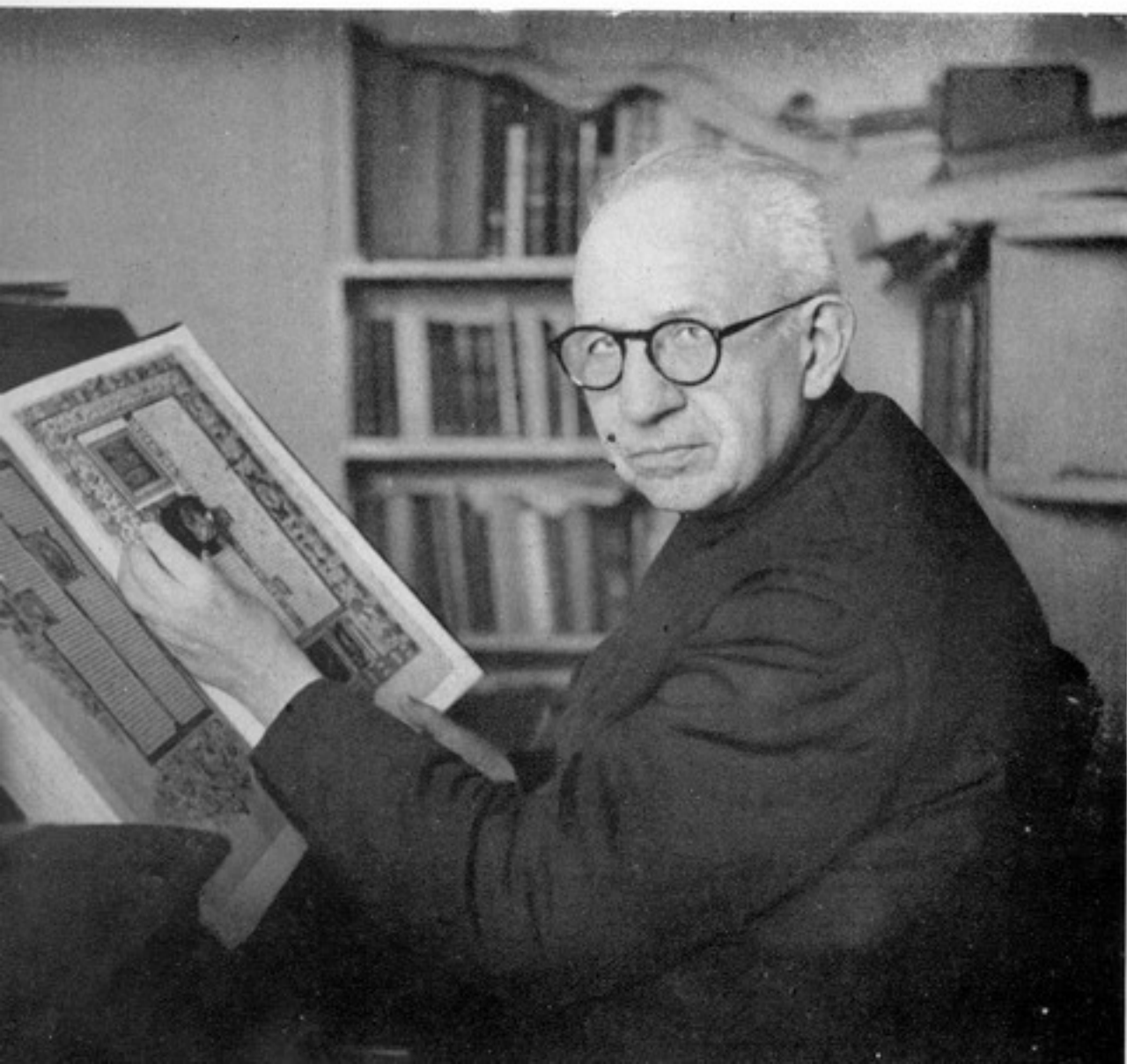
Nada más lógico que buscar algún indicio de ese fin en las fuentes mismas, en los escritos de San Ignacio que más cabalmente expresan todo su pensamiento y su concepción genial: en los

*Ejercicios* y en las *Constituciones*. Y justamente en la primera página de los *Ejercicios* comenzamos a comprender, al leer aquellas consideraciones que Ignacio titula *Principio y Fundamento*:

"El hombre es criado *para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima*. Y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y *para que le ayuden en la prosecución de su fin*. De donde se sigue que el hombre *tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden*."

Esta que fué regla de oro para Ignacio y sus primeros compañeros para ordenar sus propias vidas, seguirá siendo su norte cuando años más tarde redac-

te las *Constituciones*. Ignacio es hombre de pocas ideas, pero éstas auténticas ideas-fuerzas de un dinamismo extraordinario. El primer rasgo que salta a la vista, cuando se leen las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, es ese no perder de vista un solo instante *el fin* (el *para qué*) que mueve toda esa empresa. Todas las demás cosas son vistas como *medios* que han de tomarse o dejarse, según que ayuden o no al fin que se pretende: "a mayor gloria divina", "para el honor y alabanza suya", "a gloria divina y bien de la universal Iglesia", "mirando el fin que todos pretendemos de la gloria y alabanza de Dios nuestro Criador y Señor", "lo que conviene para mayor servicio de Dios nuestro Señor", "a gloria divina", "por lo que mucho importa para el divino servicio", "para su mayor ser-



El erudito  
escriturista  
P. José Réboli  
examina  
con lupa una  
antigua Biblia.



vicio y alabanza" y demás frases de análogo significado, aparecen continuamente desde la primera a la última línea de las *Constituciones*, sin que haya casi un artículo en que falten expresas. En este total *finalismo* de las *Constituciones* el "fin que se pretende" es lo que regula todas las decisiones. El General comunicará su autoridad con mayor o menor amplitud a los Superiores a él subordinados, mirando para ello "lo que conviene para mayor servicio de Dios nuestro Señor"; se admitirán Hermanos Coadjutores, los necesarios "para ayudar la Compañía en lo que no podrían los otros ocuparse sin faltar al mayor servicio divino" . . . y así en todas las demás determinaciones, desde el mismo decidirse a escribir esas *Constituciones* hasta la fijación de los más ínfimos detalles. En esto radica la fé-

rrea lógica de Ignacio. No sólo se propone un fin y concentra en él todas sus energías, sino que ha de escoger, de entre todos los medios que se le presenten, siempre los *más aptos* para *mejor* alcanzar su fin.

Cualquier elección —como lo han visto con tanta dramaticidad nuestros contemporáneos los existencialistas— reúne a un aspecto positivo, de afirmación, otro aspecto inseparable negativo, de renuncia: cuando tomamos un camino, dejamos de tomar otros posibles, que cerramos quizá para siempre. Es la *alternativa*. Pues bien, a Ignacio de Loyola, cuando concebía en su cuartito de Roma la naciente Compañía de Jesús y cuando con muchas deliberaciones, oraciones y lágrimas redactaba las *Constituciones* que habrían de seguir rigiéndola cuando él muriese, se le pre-



Un estudiante  
de Filosofía  
consultando  
un libro  
en la biblioteca  
destinada a ellos.

La biblioteca  
del filosofado  
se halla siempre  
muy concurrida.



sentaban muchas alternativas, muchas opciones a veces desgarradoras. Y tenía que sacrificar atractivos, tenía que renunciar a muchas cosas... que de admitirlas hubiesen imposibilitado otras. Así, por ejemplo, le emocionaba hasta las lágrimas el canto del oficio divino, pero sin embargo pondrá como uno de los puntos esenciales de su Compañía algo que fué revolucionario en su tiempo: la supresión del coro. El jesuíta no cantaría en el coro las divinas alabanzas, como lo hacían hasta ahí los demás religiosos. No porque el coro no fuera de gloria de Dios, que bien lo era, sino porque, en el caso particular del jesuíta, esa obligación estorbaría el tipo de servicio que de él se esperaba, e impediría así *mayores* bienes. Cantar el oficio en el coro era ciertamente de

gloria de Dios, pero era de *mayor* gloria de Dios, para el jesuíta, no cantarlo. He aquí —y los ejemplos podrían multiplicarse— el criterio determinante de las elecciones de Ignacio, y de las que día a día han de seguir haciendo sus hijos: entre dos obras de gloria de Dios, entre dos formas de servicio divino, la *mayor* gloria de Dios, el *mayor* servicio divino. Cada determinación, cada norma en las *Constituciones*, está avalada por frases como éstas: “si conviene... para mayor gloria y alabanza de Dios nuestro Señor”, “lo que en la Compañía universal se determinare a mayor gloria divina”, “sin que respeto alguno baste para moverle de lo que juzgare en el Señor nuestro ser más conveniente para el divino servicio”...

Esta misma idea asume a veces otro



También los  
filósofos tienen  
sus ratos de recreo  
y su rincón amable.



matiz, también frecuente en la pluma de Ignacio: *el bien más universal*. Así, por ejemplo, este "bien más universal" será la regla de oro para decidir la admisión o el rechazo de los candidatos a la Compañía. Pues si un candidato deseara ardientemente ser conservado en la Compañía, y esto fuese para bien de su alma pero contra el bien de la Compañía toda, no deberá retenérsele, porque aquel bien de la Compañía toda, "por ser universal, debe preferirle al de un particular, quien busca sinceramente el divino servicio". Y en otro pasaje: "mire quien ha de rescibir que la caridad particular no perjudique a la universal, que siempre debe preferirse, como más importante para la gloria y honor de Cristo nuestro Señor".

La elección de los diversos ministe-

rios y apostolados también es gobernada por este "bien más universal". Vale la pena espigar algunos textos que nos darán la clave de cómo ha de seleccionar el jesuita sus obras:

"Para acertar mejor en el enviar a una parte o a otra, *teniendo ante los ojos como regla para enderezarse el mayor servicio divino y bien universal*, parece que se debe escoger en la viña tan espaciosa de Cristo nuestro Señor, a igualdad de condiciones:

la parte della que tiene *más necesidad*, así por la *falta de otros operarios*, como por la *miseria y enfermedad de los prójimos* en ella y *peligro de su eterna condenación*;

también se debe mirar *dónde es verisímil que más se fructificará* . . . como sería *donde se viese la puerta más abier-*

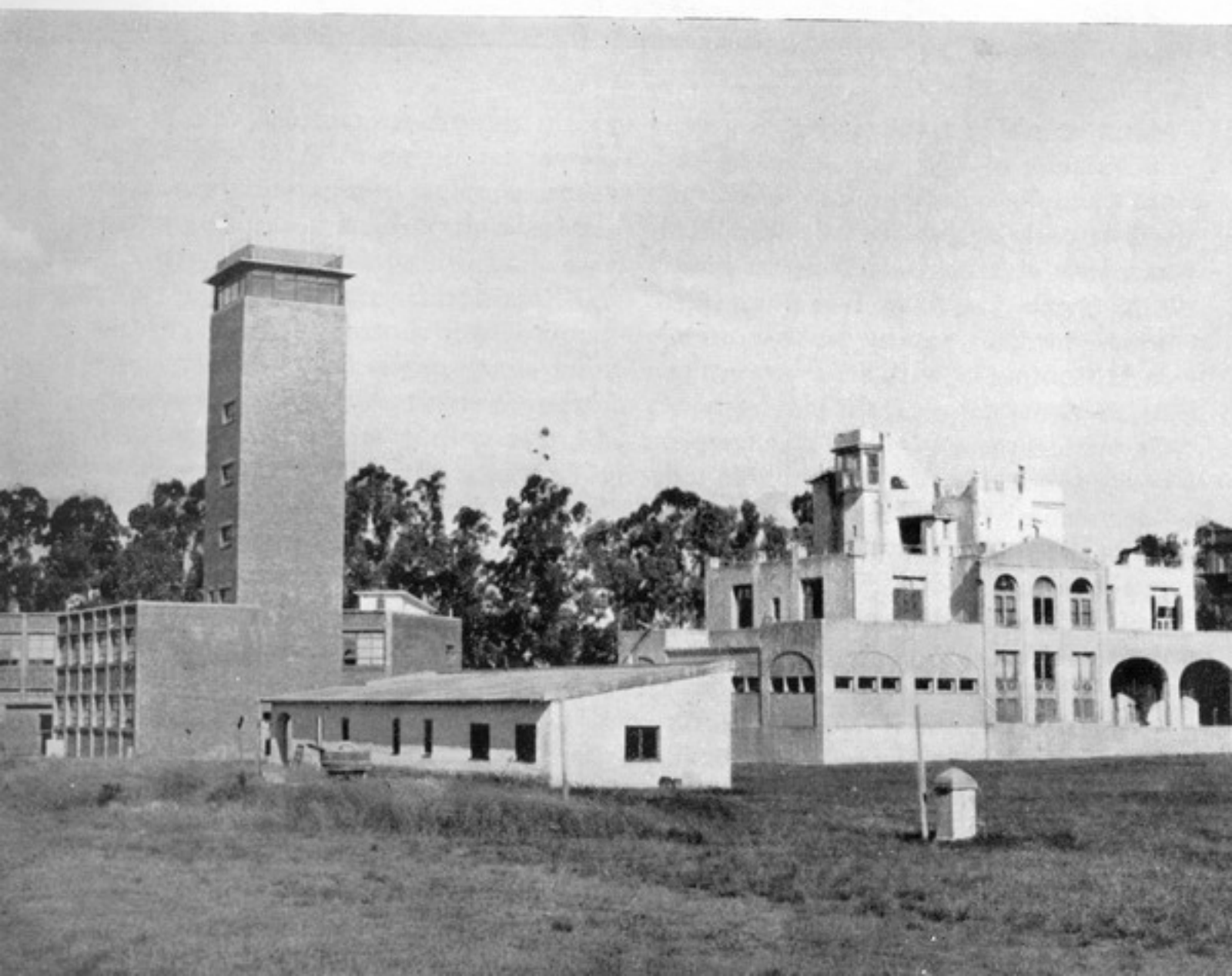
*ta, y mayor disposición y facilidad en la gente para aprovecharse; la qual consiste en su mayor devoción y deseo, o en la condición y cualidad de las personas más idóneas para aprovecharse y conservar el fruto hecho a gloria de Dios nuestro Señor;*

*donde hay mayor deuda, como es donde hubiese Casa o Colegio de la Compañía, o personas della que estudiasen y recibiesen buenas obras del tal pueblo...*"

Y "porque *el bien cuanto más universal es más divino*, aquellas personas y lugares que siendo aprovechados *son causa que se extienda el bien a muchos otros* que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda espiritual que se hace a personas grandes y públicas... y la que se hace a personas señaladas en

letras y autoridad, *debe tenerse por más de importancia, por la misma razón del bien ser más universal*; por la cual también la que se hiciese... a Universidades, donde suelen concurrir *más personas, que ayudadas podrán ser operarios para ayudar a otros*, deben preferirse."

Realmente constituyen estas normas un maravilloso código de prudencia divina y humana para discernir acertadamente cuál será, en cada caso que se presente a la actividad del jesuita, *el bien más universal*, de mayor gloria y servicio de Dios. Vemos en esas razones la explicación de uno de los puntos que más de una vez los enemigos de la Compañía han reprochado y tergiversado: el por qué de la formación de *selectos*, su *afición* a las clases dirigentes y a las grandes ciudades.

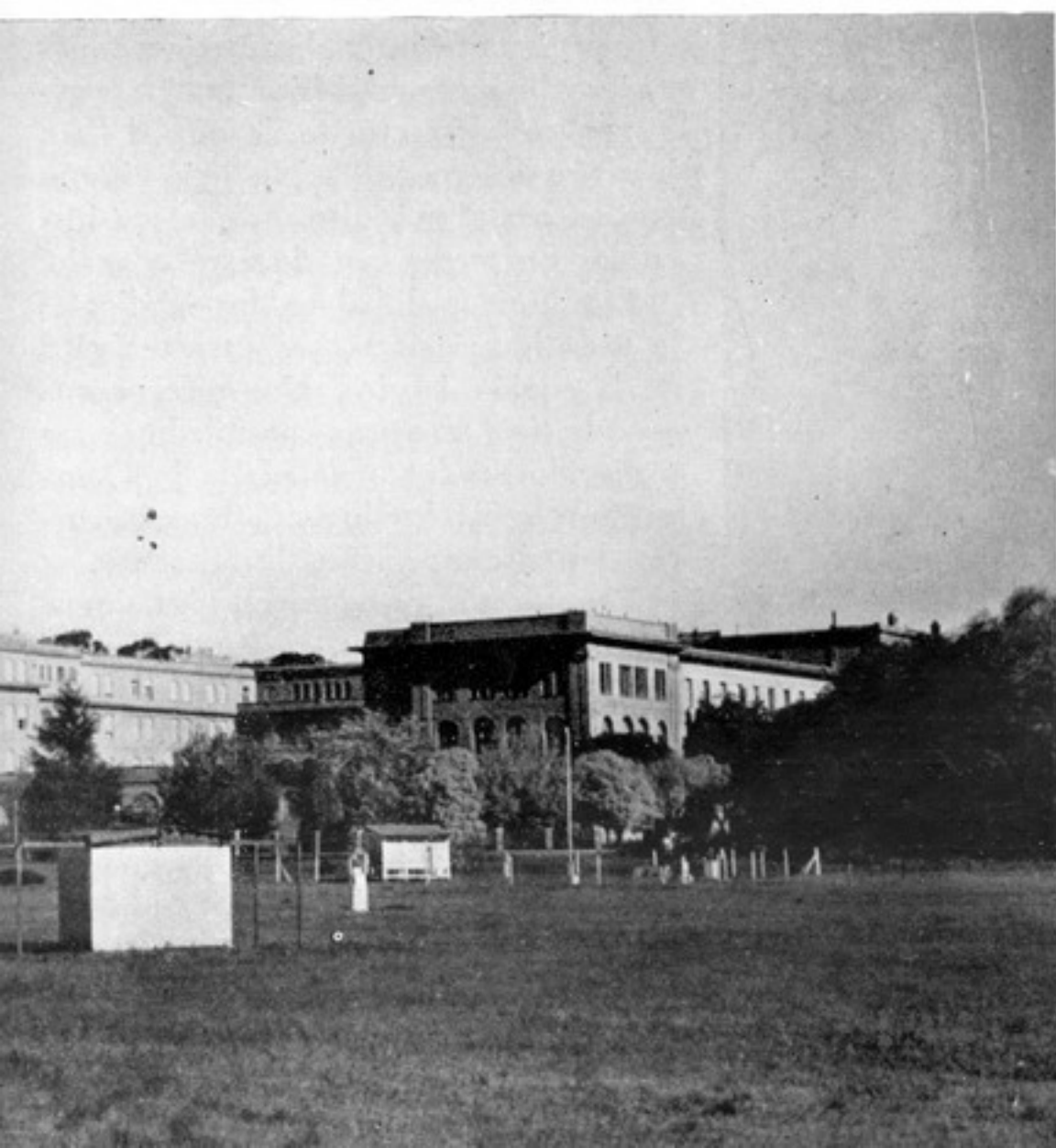




Pero lo que no suelen señalar los enemigos de la Compañía es otro rasgo que también encontramos en esa enumeración: la Compañía ha de preferir los puestos de avanzada, donde hay que comenzar algo, tentar una forma nueva de apostolado, roturar por vez primera un campo inexplorado. Cuando luego esa obra apostólica, la que sea, se arraigue, el trabajo se sistematice, vengan refuerzos de otras partes o allí mismo surjan operarios, es frecuente que la Compañía de Jesús deje el campo a sus continuadores y vaya a comenzar otra empresa nueva en otro sitio donde se la necesite más. Así, por ejemplo, en los países de misión, donde prepara los caminos del Señor, lleva el Evangelio, asume las responsabilidades pastorales, y cuando ha conseguido arraigar la fe, organizar una cristian-

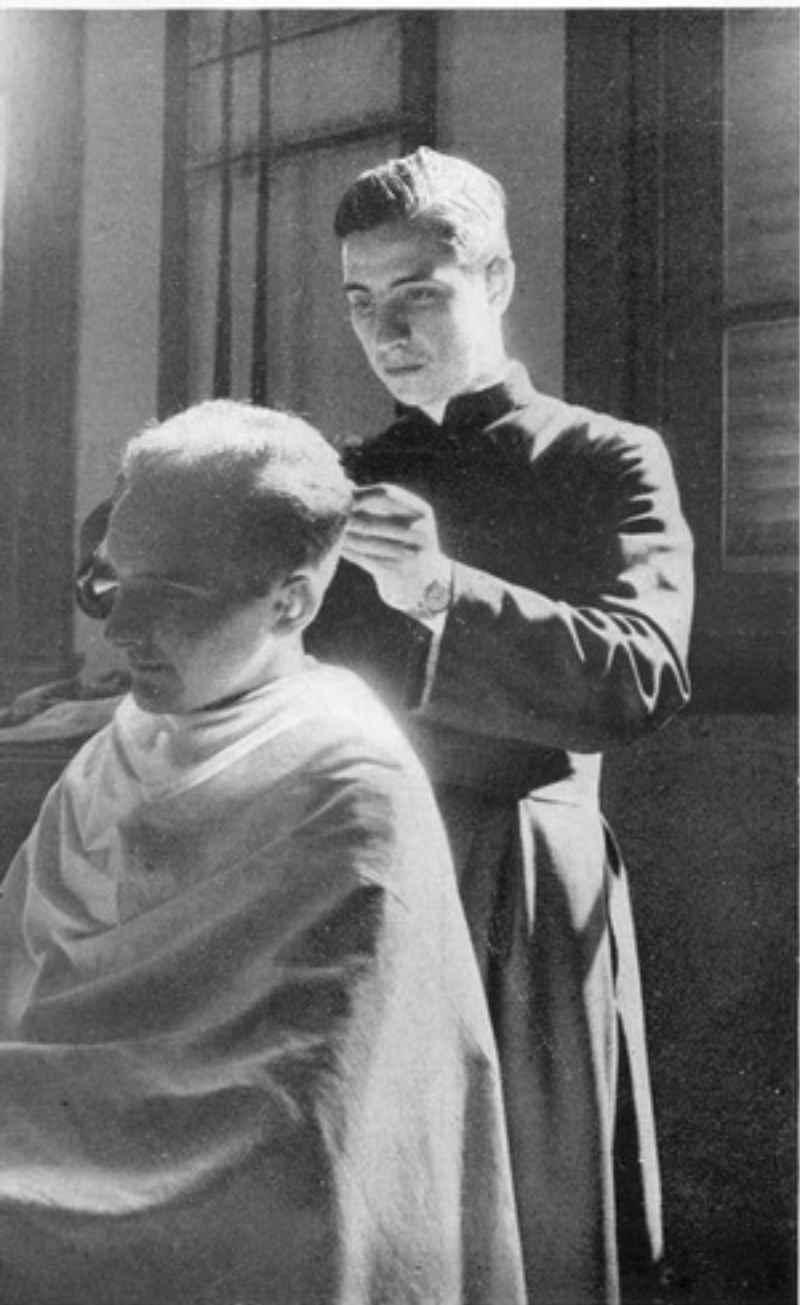
dad estable, formar incluso clero indígena, ya considera cumplida su misión y comienza de nuevo en otra parte. Así también, entre otros casos, podríamos citar la organización parroquial de Porto Alegre, en el Brasil. Los jesuitas alemanes llegaron allí cuando nada había, se hicieron cargo de fundar las primeras parroquias, las rigieron hasta que se consolidaron y estuvieron rodeadas de una atmósfera cristiana, y entonces las entregaron al clero secular para que continuara la labor parroquial ordinaria.

Todo esto que hemos ido viendo nos permite comprender ahora el por qué de esa *universalidad* que señalábamos al principio: ninguna inclinación, vocación o aptitud le es ajena al jesuita, o le es impropia, si puede servir en alguna forma para *gloria de Dios*. Y para



Vista panorámica  
del Colegio Máximo  
y el Observatorio  
de Física Cósmica.

promover en la práctica esa gloria de Dios, ese servicio divino —la *mayor* gloria de Dios, el *mejor* servicio divino—, habrá de gozar el jesuita de análoga *universalidad* en los medios: *todo* lo que puede contribuir a realizar me-



No todo es estudio; también, llegado el caso, el filósofo sabe ser peluquero.

jor ese ideal habrá de ser utilizado —medios sobrenaturales y medios naturales—, y ello *tanto cuanto* ayude “para el fin que se pretende”. Talentos personales, disposiciones naturales para tal o cual tipo de acción, condiciones literarias o científicas, salud,

prestigio personal, vinculación con tales o cuales ambientes, bienes materiales, progresos de la ciencia o de la técnica, todas “las otras cosas sobre la haz de la tierra”, como leíamos en el Principio y Fundamento, podrán ser aprovechadas por el jesuita a mayor gloria divina. (Para lo cual, como veremos más adelante, es preciso que primero se haya hecho él mismo *indiferente* respecto de todas ellas, para tomarlas *tanto cuanto* le ayuden, dejarlas *tanto cuanto* le impidan, con la libertad de los hijos de Dios.) Pues, insistimos, todas estas cosas no son para el jesuita más que *medios*, y de entre todos estos medios (lo cual, como es obvio, sólo comprende los medios lícitos, las cosas buenas o de suyo indiferentes, pues mal podría procurar la gloria de Dios cualquier cosa que le ofendiera en lo más mínimo) el jesuita ha de elegir *los que más y mejor* le ayuden. Lo cual es ciertamente muy distinto de aquella máxima maquiavélica que le atribuyen sus detractores, de que el “fin justifica los medios”. No hay ningún fin, así sea el más alto, que pueda justificar un medio que de suyo es malo.

Esta universalidad en los medios es lo que da origen a otra característica de la acción jesuita. Nos referimos a esa *plasticidad* de su apostolado, a esa maravillosa *adaptabilidad* de la Compañía a todos los lugares, los ambientes las circunstancias, los tiempos.

Veamos un caso, entre tantísimos. En 1606, un jesuita, el P. de Nobili, desembarcaba en la India, destinado a la misión del Maduré. Llegado a su campo de apostolado, se sorprende al ver el escaso resultado de los esfuerzos de otro misionero que lleva ya catorce años allí. Y observando y estudiando el ambiente, da con la causa de este

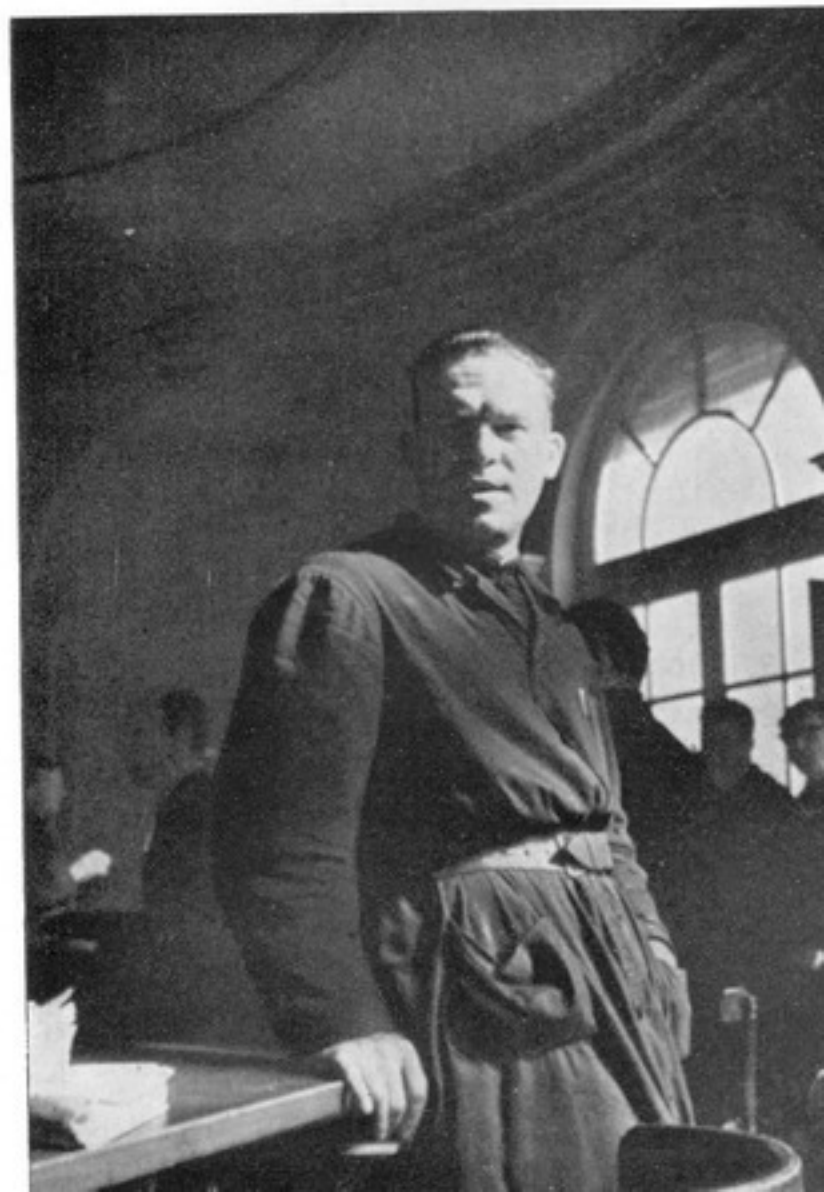


poco éxito: es un hecho innegable la enorme importancia que en esa sociedad tiene la división de castas. Y un brahmán (la clase alta, que concentra toda la cultura y la influencia y el poder del país) no dejaría de considerar impuros y despreciables a los parias y a quienes "se hubiesen contaminado" tratando con ellos. Esto había esterilizado el apostolado del misionero, cuyo asiduo trato con los parias le había cerrado el paso a toda posibilidad de convertir un brahmán, y a todo el "bien más universal" que la conversión de un brahmán significaba. No estaba en manos del P. de Nobili el cambiar esta mentalidad y este estado de cosas —por injusto y arbitrario que fuese—, pero sí lo estaba el "entrar con la de ellos para salir con la suya", hacerse "brahmán con los brahmanes" para ganar los brahmanes a Cristo. Y así Nobili adopta las vestiduras y modo de vivir de un *sanyassi* o penitente indio, se presenta como un *rajá romano* que ha decidido hacer vida de asceta y dedicarse al estudio de los libros sagrados (para lo cual aprovecha a fondo el conocimiento que previamente había adquirido de la lengua tamul y de los Vedas). Durante años vive como los brahmanes en todo (salvo en un pequeño detalle: el culto de Brahma). Y los resultados no se hacen esperar: las conversiones entre los brahmanes fueron numerosas, con lo que el Evangelio se abrió camino en el país. Y cuando, tras algunas dificultades e incomprensiones, tan poco común método de apostolado obtiene la aprobación no sólo del General de la Compañía, sino también del Papa, habrá también misioneros que adopten la vida y usos de otra clase intermedia, los pandras, que éstos sí pueden tratar con las clases inferiores,



Un filósofo estudiando en su cuarto.

Teólogos esperando la llegada del profesor en clase.





Teólogos en el auditorium.

quistan al emperador y sus mandarines, y al par que reciben ellos mismos honores de mandarines del Celeste Imperio, y visten como tales (todo lo cual sólo les interesa como medio, *tanto cuanto...*), echan las bases de las cristiandades chinas, arraigan la fe cristiana aun en plena corte imperial. Si en lugar de ganarse primero el aprecio del emperador y su corte con sus letras humanas y sus mapas y relojes, se hubieran presentado como misioneros y hubieran *comenzado* predicando... lo más probable es que el fruto evangélico se hubiera reducido a dejar sus cabezas a las puertas de China. Esta es la terrible sutileza y artimañas de los solapados y disimulados jesuitas. Porque, eso sí, una de las pocas cosas que no puede ser un jesuita es ser tonto.

parias inclusive. Y así el Evangelio llegará a los parias (que jamás Nobili había perdido de vista) con mayor amplitud y eficacia y sin por ello haber cerrado las puertas a la conversión, tan decisiva, de las clases dirigentes.

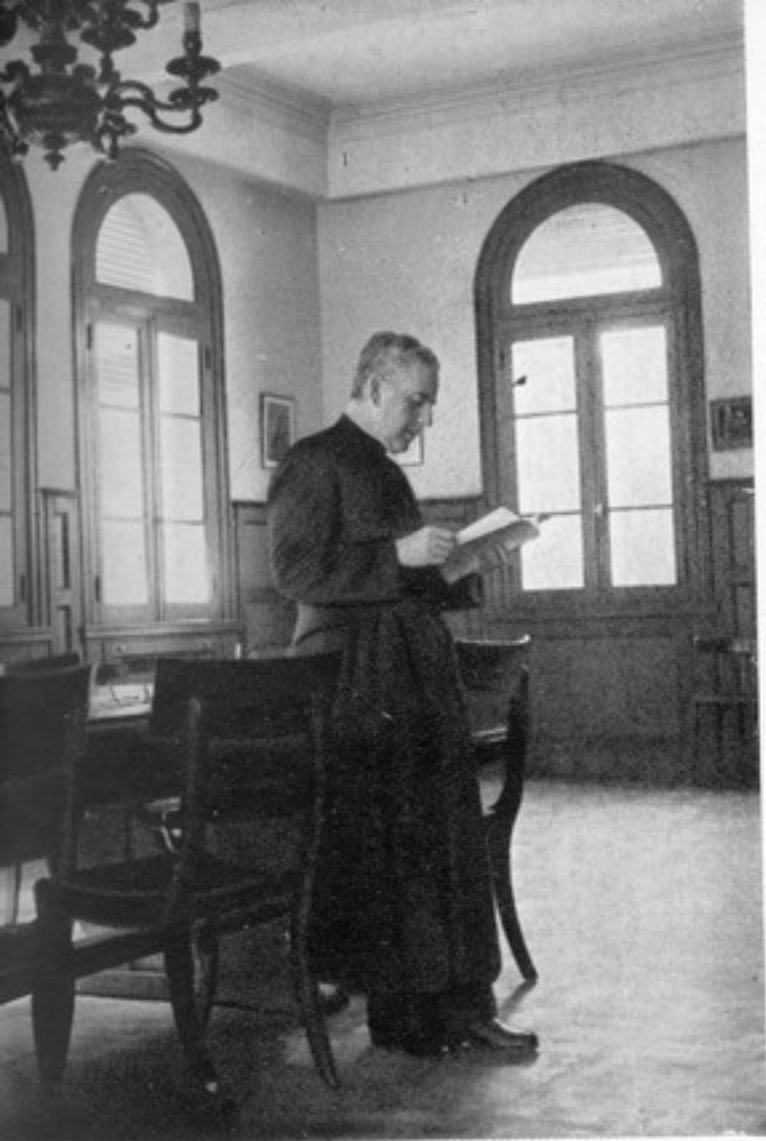
Más o menos a partir de esa misma época, el P. Mateo Ricci, el gran astrónomo P. Schall, el no menos célebre P. Verbiest y luego varios jesuitas franceses se presentan en la corte imperial de Pekín no como predicadores de una nueva religión —lo que les hubiera cerrado las fronteras de la corte y también de todo el Imperio—, sino como letrados occidentales atraídos por la sabiduría milenaria de China, y con sus mapamundi, sus conocimientos astronómicos, sus relojes y curiosos juguetes mecánicos deslumbran y con-

El P. Adúriz, profesor de teología, dictando clase.





El P. Alonso, profesor de moral, descansa hojeando revistas en la sala de los profesores.



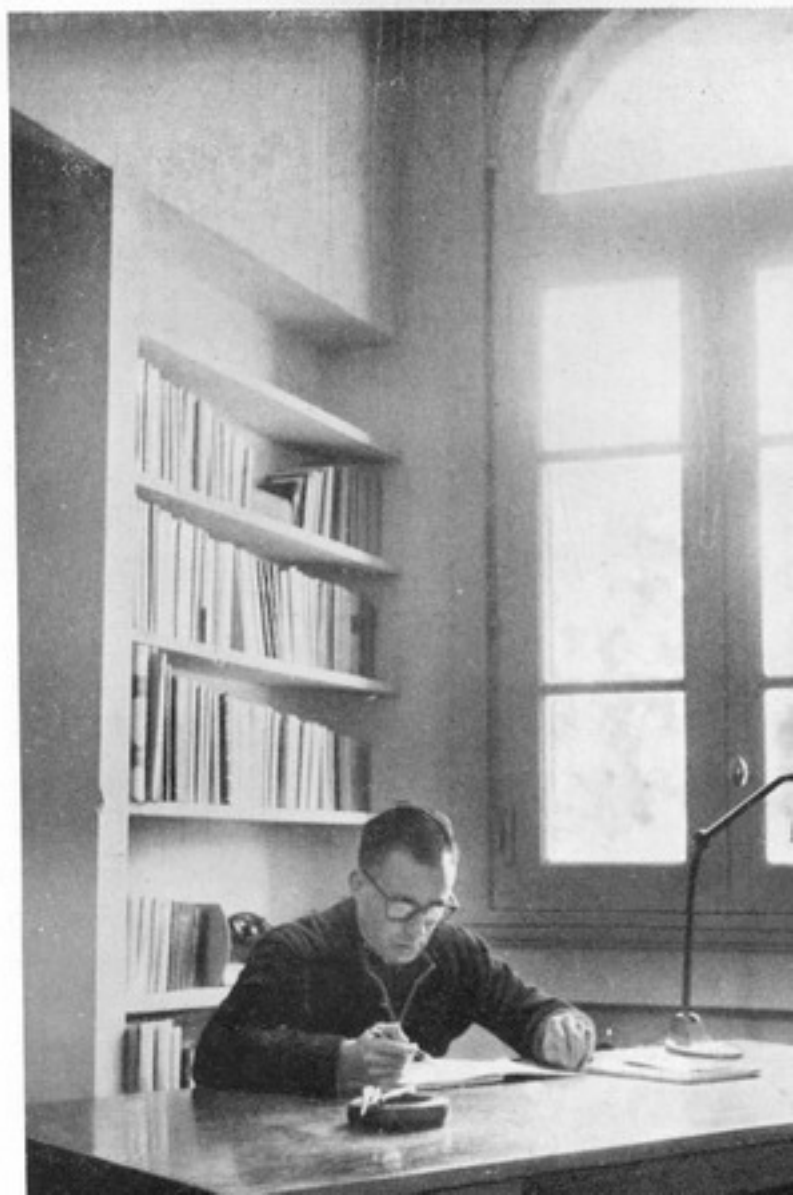
ción ponía el Apóstol: *vos autem Christi*. "Todas las cosas son vuestras, sí, pero vosotros no habéis de ser vuestros, sino *de Cristo*."

Y aquí llegamos al otro aspecto del *secreto de los jesuitas*: el instrumento humano que ha de realizar, por todos esos medios tan diversos y tan amplios, aquel fin del mayor servicio divino, de la mayor gloria de Dios, que se proponía Ignacio. ¿Cómo es el jesuita? ¿Qué ser extraño es ése, que emprende a veces tareas tan raras, que súbitamente deja quizá una tarea en pleno florecimiento y pasa a ocuparse de otra completamente distinta, que hoy es profesor en una Universidad, y mañana quizá misionero, o capellán de obreros?

Y mientras estos *aventureros de Dios* hacían de las suyas en aquellos rincones del mundo, en Europa los Suárez, los Molina, Maldonado, Lesio, escribían monumentos filosóficos, teológicos, escurridurarios. Y un Bourdaloue predicaba en la corte, mientras otros jesuitas franceses conquistaban el martirio entre las pieles rojas del Canadá. Y en la América latina unos civilizaban a más de cien mil salvajes en las Reducciones, mientras otros fundaban las primeras Universidades hispanoamericanas.

Como se ha visto, el campo y los medios del apostolado del jesuita no pueden ser más amplios. Puede aplicársele la frase paulina: *Omnia vestra sunt*, pero esto sólo porque también ha de verificarse en él, si es auténtico jesuita, la condición que a continua-

El P. Fabbri, profesor de teología, prepara su clase.





Los teólogos, en un día de vacación, saborean el mate en el bosque.

Observadores superficiales han notado que la formación que recibe el jesuita lo hace, en regla general, apto para los apostolados más variados. Pero eso sólo no basta a explicarlo todo. Para que un individuo pueda ser efec-

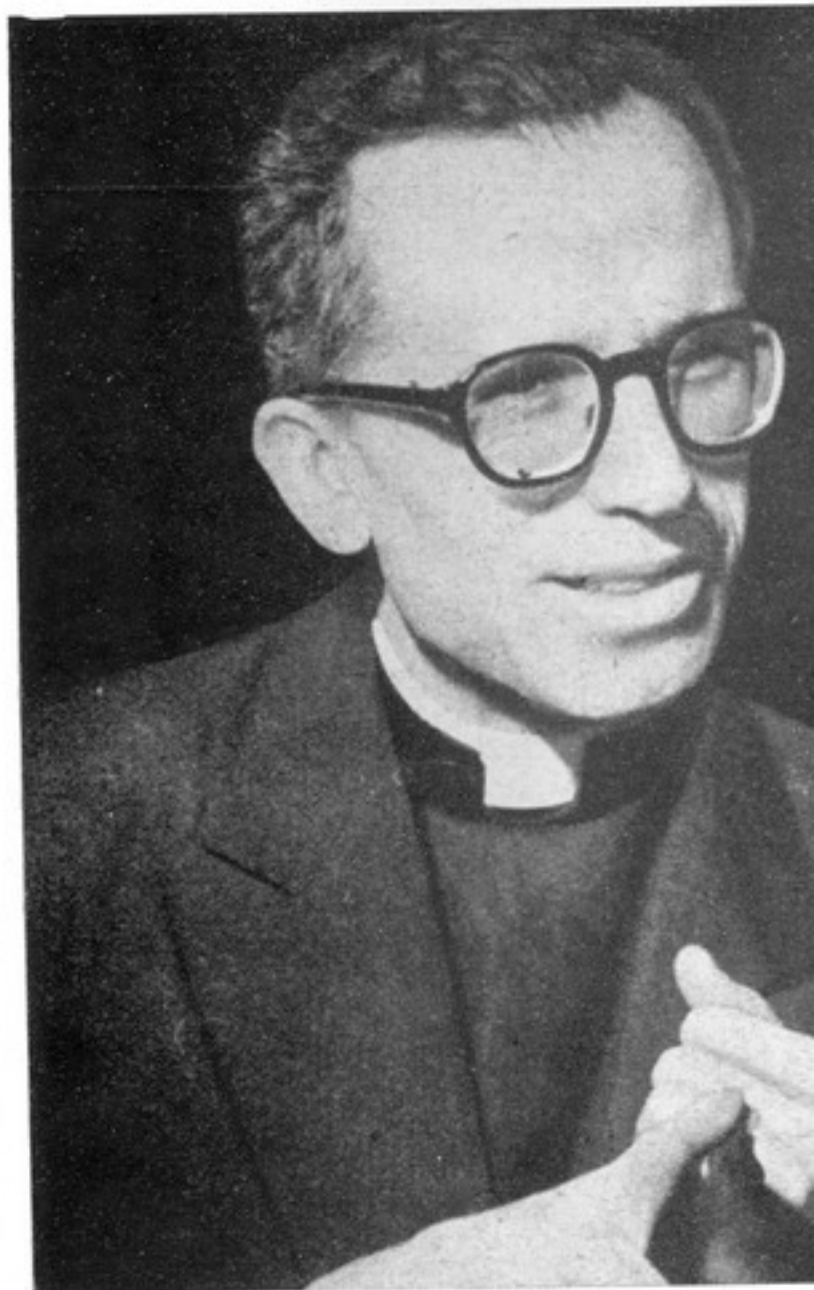
tivamente arrancado a una obra que quizá él mismo inició, que está en pleno florecimiento, y en la que ha volcado lo mejor de sí mismo, y a una palabra de su Superior deje esa obra al instante y tome con todo entusiasmo



otra quizá muy distinta, y para la cual es posible que no sienta humanamente ninguna afición, sino todo lo contrario... para eso, repetimos, no basta la *aptitud* para diversos ministerios. Hace falta algo más, mucho más. Hace falta una *total abnegación de sí mismo*, un *total vencimiento interior* que, habiendo conservado y aun perfeccionado en ese hombre todas sus cualidades y talentos naturales, haya hecho de él lo que Ignacio gustaba llamar un *instrumentum coniunctum cum Deo*... un instrumento unido a Dios, de quien recibe el impulso para obrar, un instrumento totalmente dócil en manos de quien tiene el lugar de Dios y es el intérprete de Su Voluntad, para ser utilizado como mejor convenga en el logro de la obra común: la mayor gloria de Dios. El bien más universal puede exigir muchas veces el sacrificio de bienes reales y auténticos, pero más particulares. Y de esto sólo puede juzgar quien tiene la visión de todo el conjunto y, por su cargo de dirigir a otros, tiene mayor asistencia divina para acertar el recto camino para el logro del fin. Por eso Ignacio exige del jesuita la obediencia más rendida en manos del Superior y —atentas todas esas razones, que hacen de ella un auténtico obsequio racional, no una triste servidumbre— no se contenta con una obediencia externa, con que “en la exterior ejecución de lo que mandan obedezcan entera y prontamente”, sino que quiere mucho más: que “se esfuercen en lo interior de tener la resignación y abnegación verdadera de sus propias voluntades y juicios, *confor-*

*mando totalmente el querer y sentir suyo con lo que su Superior quiere y siente, ...teniendo la voluntad y juicio del Superior por regla del propio, para más al justo conformarse con la primera y suma regla de toda buena voluntad y juicio, que es la eterna bondad y sapiencia*”. Esta es la famosa obediencia jesuita, sobre la que tantas tonterías se han dicho y escrito, por mala voluntad o por haber entendido sólo la cáscara de ella.

Pero esta obediencia no suprime la iniciativa del súbdito para hacer de él un muñeco, un autómatas en manos del Superior, sino todo lo contrario. Su



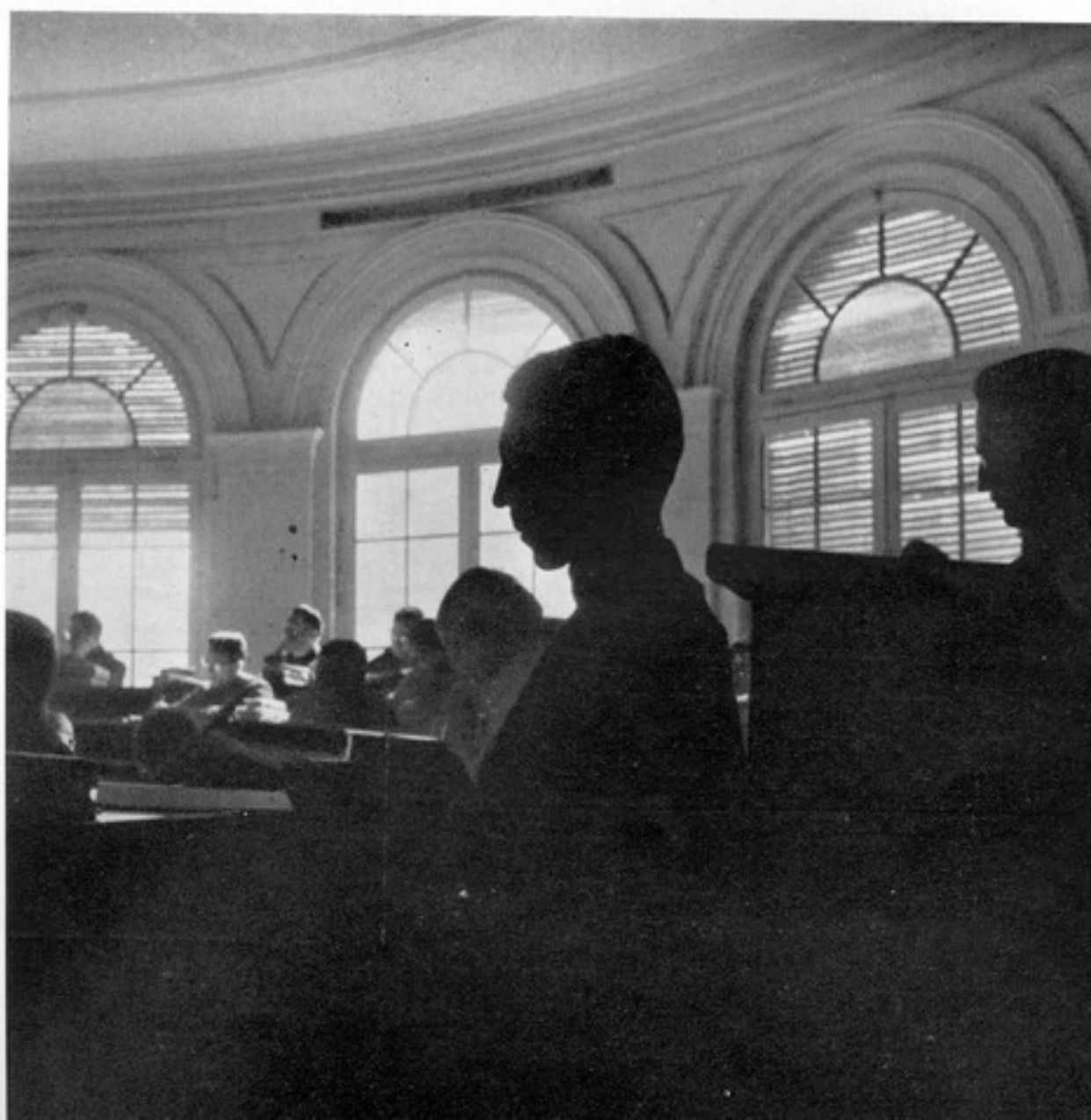
El bien conocido filósofo P. Ismael Quiles, decano de la Facultad de Filosofía.



misma obligación de procurar por todos los medios a su alcance la mayor gloria de Dios le exige que esta obediencia sea colaboración del súbdito con el Superior en el cumplimiento de la Voluntad divina, para la mayor gloria de Dios. Y le *exige* también por esos mismos altos intereses —no sólo le *permite* como una condescendencia a su debilidad— que *represente*, que exponga al Superior, después de haber reflexionado seriamente y orado acerca de ello, los inconvenientes que cree ver en la ejecución de tal o cual orden, o la especial afición o especial repugnancia que experimenta para uno u otro ministerio. Pero todo esto debe hacerlo conservándose *indiferente* a lo que el Superior pueda decidir y sometién-dose

de todo corazón, seguro y confiado, a lo que el Superior, una vez que ha tomado conocimiento de lo que se le representa, decida.

E Ignacio insiste, en su tan célebre *Carta de la obediencia*, en que precisamente en esto quiere ver señalarse a sus hijos, y en esto se han de reconocer. Puede sufrir que otras familias religiosas "nos hagan ventaja en" ayunos, y vigili-as, y otras asperezas que según su instituto cada una santamente observa; pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, Hermanos carísimos, que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios nuestro Señor, y que en esto se cono-z-



Siluetas de  
teólogos en  
el auditorium.

El estudio  
es importante,  
pero la oración  
lo es más.



can los hijos verdaderos de ella; nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece". Esta obediencia es un punto esencial en la Compañía de Jesús, y en ella han de obedecer todos: los súbditos a sus Superiores inmediatos, éstos a sus Provinciales, los Provinciales al General, y el General mismo a la Compañía toda y de un modo muy especial al Vicario de Cristo en la tierra, el Papa, Jefe y Cabeza visible de "la Sancta Yglesia hierarchica", como decía Ignacio.

Mas es evidente que esta *entrega total* en esta obediencia para un mayor servicio divino exige hombres de un temple muy especial, "hombres crucificados al mundo, y para quienes el

mundo esté crucificado", como dice un discípulo directo de Ignacio, el P. Ribadeneyra, al presentar a toda la Compañía las Constituciones. Y esta clase de hombres no se improvisa. De ahí la necesidad de que la formación del jesuita sea tan larga y con tantas pruebas.

Otra vez la leyenda, la imaginación y el *misterio*. ¿Cómo se templan y se forjan esos jesuitas? ¿Cuál es el resorte que gobierna así su voluntad? Si queremos descubrirlo, no hemos de mirar tanto a los muchos años de estudios (tres o cuatro de humanidades y ciencias, otros tres de filosofía, cuatro de teología), sino que hemos de volver los ojos a aquel librito que ya nos guió al principio: los *Ejercicios*, que forja-

ron a Ignacio y sus primeros compañeros y que siguen siendo el principal instrumento de la formación del jesuita, que dos veces a lo largo de su formación ha de hacerlos íntegramente, durante un mes entero, y además los revive cada año durante ocho días, toda su vida. Los *Ejercicios*, pues, acabarán de iluminar este cuadro y de hacernos penetrar ya del todo en el *secreto* de los jesuitas.

Tras haber puesto Ignacio ante los ojos, en aquel *Principio y Fundamento*, el *fin* a que han de tender todas nuestras acciones, y haber insistido en la necesidad de *bacerse indiferente* a todas las demás creaturas, que sólo son *medios* que hemos de tomar o dejar, desapegados, con la total libertad de los hijos de Dios, en cuanto nos pueden ayudar o no a ese fin, y haber ayudado al alma a librarse de todas las aficiones

La oración en común también tiene su lugar en el día del jesuita.





desordenadas, Ignacio no se queda en este solo trabajo negativo, de preparación. Pasa adelante, presentándole al alma un Jefe y una obra capaz de inspirar todas las adhesiones, todos los entusiasmos, todos los sacrificios: la persona adorable de Cristo, Rey y Capitán que le invita a participar de su empresa de *conquistar el mundo para gloria de su Padre*. He aquí la empresa de Ignacio, la que propone a quienes quieran seguirle: la extensión del Reino de Dios, el cumplimiento en el mayor número posible de almas de la Voluntad de Dios, que las quiere salvas, que las quiere santas, que las quiere lo más semejantes posible a su Hijo. Como se ha observado, la idea fundamental de los *Ejercicios* y de la Compañía es, bajo este aspecto, simplemente la paráfrasis del *santificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum* del Padre Nuestro.

Y con este entusiasmo quiere Ignacio que el alma comience a meditar la vida y ejemplos de Cristo, y con meditaciones apropiadas suscita en ella las disposiciones generosas para todo lo que esta imitación y servicio de Cristo exigirán, hasta llevarla a aquella disposición en que "siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiere y elige más pobreza \*con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo". He aquí la clave, he aquí el secreto y he aquí el resorte también de aquella obediencia máxima de que hablábamos antes y que no será, en fondo, sino la suprema expresión y realización de ese *ter-*

*cer grado de humildad*, de esa perfecta *imitación de Cristo*, *hecho obediente hasta la muerte*.

Todo está íntima y sólidamente trabado, en una unidad admirable. Pues esta perfecta imitación de Cristo y esta perfecta obediencia equivalen, evidentemente, a una también *perfecta realización de la Voluntad de Dios*. Porque; por una parte, ésta es la constante lección de Jesucristo a lo largo de toda su vida: el cumplimiento fiel, íntegro, total de la Voluntad de su Padre: *Ecce venio, ut faciam, Deus, Voluntatem tuam. Ego, quæ placita sunt ei facio semper. Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me. Non mea voluntas sed Tua fiat...* Y, por otra parte, no hay modo más seguro de conocer esta voluntad de Dios que buscándole en quienes en su nombre y en su lugar gobiernan. Por eso cuando el jesuita obedece tiene la certeza de que está haciendo la Voluntad de Dios. Y eso le basta. Aunque sepa que va a la muerte, como aquel jesuita designado por el entonces General P. Ledóchowski, por expresa orden del Papa Pío XI, para ser consagrado obispo y enviado secretamente a Rusia soviética para que pudiese allí consagrar oculta-mente sacerdotes. Y tantos casos más, algunos conocidos sólo de Dios... Y también aunque, en apariencia, esa orden del Superior corte y anule un apostolado que parecía fecundo, para dedicar ese sujeto a algo en que parece no hacer nada, o casi nada. Porque el jesuita suele ser buen teólogo, y sabe que *nada* hay de mayor gloria de Dios que el cumplir lo más perfectamente posible Su Voluntad. Esto es "lo único necesario". En esto consiste todo. Y esto lo explica todo.

No sabemos si estas mal trazadas líneas han logrado dar alguna idea de lo que es la obra de Ignacio, la Compañía de Jesús. Es tanto lo que hay que decir, son tantos los aspectos y facetas que vienen a la mente. Se quisiera explicar todo, y estas pocas páginas no bastan, y el lenguaje no responde a veces a todo lo que se quisiera expresar. Dan ganas de decir a todos: *Venid y ved*, experimentad vosotros mismos lo que es la Compañía de Jesús. Y ayudadnos a dar gracias a Dios por el beneficio tan insigne que nos ha hecho

al llamarnos a una vocación así; ayudadnos a alcanzar de El luz, y gracia, y generosidad, para vivir plenamente el ideal de Ignacio y contribuir así, en la medida de nuestras fuerzas, al mayor servicio divino, a la mayor gloria de Dios; ayudadnos a amar, hasta el fin de nuestros días, a nuestra Madre la Compañía de Jesús, por quien nos han venido todos los bienes. Y a decirle con las mismas palabras de Francisco Javier: *Si oblitus unquam fuero tui, Societas Iesu, oblivioni detur dextera mea.*

Fotos de Raúl Coló



El Alfa y Omega en la puerta del cementerio recuerdan que el jesuita halla en Cristo su principio y fin.